

XII.

XII. “LA MADRE DEL CORDERO”

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo.” Luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre.” Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa. (Jn. 19, 25-27)

La presente oración se propone examinar, en sus diferentes momentos, el Calvario vivido por la Virgen María junto a su Hijo Jesucristo, el Cordero de Dios, desde el comienzo de su pasión hasta el amanecer de la resurrección. No se trata de elevaciones místicas sino de hacer una síntesis de los documentos ofrecidos por los cuatro evangelistas y reconstruir una imagen que nos acerque lo más posible a esta realidad que es, a la vez, dolorosa y gloriosa.

Sin duda, podemos afirmar que, de todas las personas humanas que asistieron ese viernes a la Pasión de Jesús, la única que comprendía el sentido de lo que estaba sucediendo fue la Madre del Redentor, la Virgen María. Aunque no podamos penetrar en el misterio de su alma, como Madre de Dios y discípula del Mesías, para adivinar sus pensamientos y sentimientos que acompañaron el gran holocausto, cabe sin embargo recoger de los cuatro evangelistas los datos que ciertamente fueron conocidos y vividos por su alma a lo largo de esta larga jornada de sufrimiento y de oración.

Por tanto, me limitaré a razonar sobre la base de estos datos, recordando que, como dice Lucas: “Ella guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.” (Lc. 2, 19) Con esto intentaré dar vida a una imagen, precisamente como alguien que ora y medita, deseando ver el cuadro de los acontecimientos de una forma global, precisamente por tratarse de hechos históricos sobre los que se funda nuestra fe.

Esta historia empieza precisamente a la mitad de la mañana del día viernes, día de la preparación de la Pascua, en el patio pavimentado con grandes lozas cuadradas, llamado litóstratos, entre la entrada norte del Templo de Jerusalén y

la galería de arcos en la fachada de la Fortaleza Antonia, sede de la guarnición del ejército romano. Esta había sido construida precisamente allí para vigilar sobre las grandes explanadas del Templo. A esa hora, Jesús había sido traído desde la casa del sumo sacerdote Caifás, con gran acompañamiento de sanedritas, escribas, fariseos, saduceos, judíos y criados del templo, reuniendo al pasar, una gran muchedumbre de ciudadanos enterados de los hechos y de peregrinos curiosos.

Precisamente, entre esta muchedumbre llega también el apóstol Juan acompañando a la Virgen María y el grupo de las mujeres discípulas de Jesús. Son las mismas que al final aparecerán al pie de la cruz: María de Clopás, María Magdalena, Juana de Alfeo, Salomé, Juana de Cusa, Susana, María, esposa de Zebedeo. Allí empieza el juicio público que terminará con la condena a muerte de Jesús, por parte de la autoridad romana, el Procurador Poncio Pilato. El gran patio era un lugar neutro, que se podía considerar no pagano y, por tanto, de libre acceso a los judíos sin contaminarse como lo habría sido si hubieran entrado al patio interior donde se realizaron el interrogatorio, la flagelación y la coronación de espinas. Por eso se dice: “Salió entonces Pilato fuera, donde ellos y pronunció la frase ritual de los tribunales: ¿Qué acusación traéis contra este hombre?” (Jn. 18, 29)

Con esta pregunta se dio oficialmente comienzo al proceso. La virgen María sabía que esta era la hora de que habló Jesús varias veces como “Mi hora”. Todavía pocos días antes, en el templo había dicho claramente: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre.” (Jn. 12, 23) “Y ¿qué voy a decir? ¡Padre líbrame de esta hora! Pero, ¡si he llegado a esta hora para esto! Y se había escuchado una voz del cielo como de un trueno.” (Jn. 12, 27-29) Quizás los demás apóstoles lo habían olvidado pero, a ella, nada se le olvidaba de lo que se refería a su Hijo y sabía que aquella fue la respuesta de su Padre celestial. Le he glorificado y de nuevo le glorificaré. Recordaba que tres años atrás, en la bodas de Caná, cuando ella le hizo notar que era una pena, que se les había terminado el vino, le había dicho: “Todavía no ha llegado mi hora” (la hora del sufrimiento). Era como para decirle: ¡Pide lo que quieras! Y con este permiso, ella había dicho a los sirvientes: “Hagan lo que Él les diga”. Lo mismo le había referido Juan cuando le describió la maravilla de la transfiguración. Allí habían hablado de su hora en Jerusalén y de lo que debería sufrir.

La gran masa de gente que llenaba el patio frente a la Torre Antonia estaba siendo soliviantada por los sumos sacerdotes y los ancianos. Había una fuerte

agitación y se pedía que todos gritaran y exigieran la muerte de Jesús; de este falso profeta que exponía a todo el pueblo a la venganza de los romanos. Había dicho el sumo sacerdote: “Es necesario que uno sólo muera por toda la nación”. Tuvieron que reconocer públicamente su dependencia del poderoso imperio que les había quitado el derecho sobre la pena capital. “Nosotros no podemos matar a nadie.” (Jn. 18, 31) Esta frase revelaba claramente la decisión y la voluntad de matarlo. Y Jesús lo había proclamado públicamente: “Si fuérais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham. Pero tratáis de matarme a mí que os he dicho la verdad.” (Jn. 8, 39-40) De hecho, ya seis veces, en violentos altercados, habían intentado matarlo y habían tomado piedras para apedrearlo. (Jn. 7, 32; 7, 44; 8, 20; 8, 59; 10, 31; 10, 39) y él se les había ocultado.

Ella sabía que esta decisión encerraba un misterio. Jesús había dicho públicamente de su vida: “nadie me la quita, yo la doy voluntariamente.” (Jn. 10, 17) Estas aparentes contradicciones creaban en el espíritu de María un estado de excitación y de trance, inexplicable para nosotros: Por una parte, el extremo dolor de la ofensa y de la crueldad de los acusadores y, al mismo tiempo, una fuerza sobrenatural inmensa que la mantenía en pie y la sumía en una especie de raptó místico que la hacía capaz de resistir a todos los dolores. ¿No era ella la madre del redentor? ¿No había concebido por obra del Espíritu Santo para que este hijo tuviera cuerpo físico y ser, al mismo tiempo, hijo del Altísimo? Sin embargo, había asistido a lo largo de los años al desarrollo del plan de Dios acerca de la misión de Jesús y su instalación del Reino. Cada día había sido un nuevo descubrimiento de la maravillosa empresa de la salvación y del perdón de los pecados. Aquello que había sido un secreto en su corazón de madre, poco a poco se había revelado al mundo. Los profetas habían anunciado la belleza y el poder de la nueva alianza pero, al mismo tiempo, el martirio del siervo de Yahvé y su total sacrificio como Cordero Pascual.

De aquí en adelante, sólo quedaban los momentos sangrientos del holocausto. Cada golpe del dolor infligido a su hijo repercutía física y psicológicamente en el cuerpo y la mente de su madre. Sin embargo, entre tanta angustia había luces que brillaban y reflejaban la santidad del Hijo de Dios por boca de personas de origen, extraña y objetivamente cautivadas por este misterio, descubriendo el lado divino del sacrificio. Entre tanto griterío se asomó, en las arcadas superiores de la fachada, el Procurador Romano con esta frase: “Ningún delito encuentro yo en él.” (Jn. 18, 38) Es cierto que se proclama rey, pero este Reino no es una amenaza para el Imperio; es el Reino de la verdad el que este anuncia. No es un

subversivo, ni un personaje político. Era la misma verdad que le había anunciado el ángel Gabriel. “El será grande y será llamado Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David y su reino no tendrá fin.” (Lc. 1, 32-33.)

No había acusación que pudiera ofuscar esta luz; el tribunal romano lo declaraba inocente. Este fue el primer intento de Pilato para hacer justicia, pero su carácter orgulloso y débil no le socorrió al momento de ejecutar la sentencia. A cada nuevo movimiento, el corazón de la madre se estremecía. Aunque su voluntad adhiriera por completo al deseo del Padre, su sensibilidad humana de madre no podía dejar de sentir con espanto, cada posibilidad de rescate que se desapareciera frente a la maldad.

A su regreso, Pilato hace un nuevo intento de liberarlo. Buscó una vía de salida proponiéndoles la liberación de un preso para la fiesta de Pascua pero el alboroto creció y la ceguera se extendió a toda la masa, cuando gritaron: “Libere a Barrabás”. El odio cegaba la mente de esta vulgar asamblea sedienta de sangre. Todos gritaban: “Crucifícalo”. Jesús había anunciado pocos días atrás en el templo esta ceguera colectiva. “Si fuérais ciegos no tendríais pecado, pero como decís: ¡Vemos! Vuestro pecado permanece.” (Jn. 9, 41) Sus mentes estaban embotadas; era necesario cerrar esta boca que irradiaba la luz. “Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad.” (Jn. 8, 12) No buscaban la luz sino un acto de dominación. Ellos creían ver en este acto un triunfo de liberación; no buscaban la claridad de la conciencia, sino la afirmación de sus intereses.

En este momento, Lucas inserta el episodio de Herodes que duraría como una hora. Al regreso, Pilato hace un nuevo intento para liberar a Jesús. “No he hallado en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis, ni tampoco Herodes.” Y como si esto bastara para saciar el hambre de muerte entre la gente añade: “Así que lo castigaré y lo soltaré.” (Lc. 23, 16) Se oyó un murmullo de complacencia, cuando se supo que en el patio interior Jesús había sido sometido a la flagelación pero esto no les bastaba. “Toda la muchedumbre se puso a gritar a una: fuera ese y suéltanos a Barrabás.” (Lc. 23, 18) Los soldados romanos, legionarios recogidos de Asia y de África, daban muestra de toda su ferocidad. Le habían azotado hasta destruir su piel y desencajar sus huesos. Pero los judíos no estaban satisfechos.

“Pilato les habló de nuevo intentando librar a Jesús, pero ellos seguían gritando: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” (Lc. 23, 21) Evidentemente, no se buscaba la justicia sino la venganza. Sus autoridades habían sido humilladas en el centro

mismo del culto de Israel, el Templo. Jesús había demostrado con los hechos su poder divino, dando allí mismo la vista a un ciego de nacimiento y proclamando la mala fe de ellos, incapaces de ver y de creer. Se habían quedado callados por falta de argumentos mientras todo el pueblo corría detrás de Él. “Les dijo: ¿Pero qué mal ha hecho este? ¿No encuentro en Él ningún delito que merezca la muerte.” (Lc. 23, 22) En la mente de María estos reconocimientos oficiales, proclamarían algún día la inocencia de Jesús frente al mundo entero. No había ella anunciado en su poético canto a Isabel: “Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen.” (Lc. 1, 50) Ahora, cualquier ciudadano del mundo lo podría reconocer.

Pero no es posible dialogar y menos razonar frente a una muchedumbre instigada con promesas y amenazas por sus autoridades y líderes. Pilato iba retrocediendo frente a las presiones, en contra de sus mismas declaraciones. Por cuarta vez intentó salvarle la vida; desde lo alto de la galería de la torre Antonia, lo declaró inocente haciéndose la ilusión de que la visión de las torturas conmovería a la gente. “Volvió a salir Pilato y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera para que sepáis que no encuentro ningún delito.” (Lc. 19, 4) Pilato, hombre infeliz y débil, sin embargo, representaba la justicia del imperio romano y no podía condenar a nadie sin haberlo encontrado culpable. Frente a la justicia humana más evolucionada de aquel tiempo y apegada a la ley, Jesús era inocente, su conducta intachable y su resistencia a los castigos, admirable.

“Salió entonces Jesús fuera, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura.” (Jn. 19, 5) Este fue el momento de la más terrible emoción. Al verlo, las mujeres rompieron en sollozos y Juan tuvo que sostener suavemente a la Virgen para que no se cayera. Las espinas se clavaron en su cabeza y sus manos sintieron los músculos desgarrados. El Cordero había sido desollado y puesto sobre el altar, sólo faltaban las llamas para devorarlo. Isaías había descrito este momento de desgarramiento del corazón cuando pintó el sufrimiento del Siervo de Yahvé: “No tenía apariencia ni presencia. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias.” (Is. 53, 2) Pero la parte más verdadera de esta profecía la tenía María bien clara en su alma y era la razón del sacrificio. “Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas.” (Is. 53, 4) Siempre estaba presente en María esta doble realidad: el dolor de los tormentos físicos y la seguridad de la presencia divina.

Todo el plan de Dios corría por las heridas del sacrificio. “Más plugo a Yahvé quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, verá

descendencia, alargará sus días y lo que plazca a Yahvé se cumplirá por su mano. Por sus desdichas, justificará mi siervo a muchos.” (Is. 53, 10) Aquello que para la gente era un simple asesinato de un profeta, como había habido muchos en la historia de Israel, para María era la realización de un amor eterno que salvaría la humanidad. El profeta lo había anunciado: “Mi amor de tu lado no se apartará y mi alianza de paz no se moverá.” (Is. 54, 10) Jesús había dicho en el templo, en uno de los momentos encendidos de la polémica, pocos días antes de que le apresarán: “No he venido para condenar al mundo, sino para salvar al mundo.” (Jn. 12, 47)

Finalmente, salió a relucir la verdadera causa del odio. Fue la acusación más inesperada, pero también la decisiva. Mientras Pilato seguía jugando con la ley y les proponía a los judíos que crucificaran ellos mismos a Jesús, porque la autoridad romana no quería inmiscuirse en sus dialécticas bizantinas, vino la última y verdadera acusación: haberse declarado hijo de Dios. “Nosotros tenemos una ley y, según esa ley, debe morir porque se tiene por hijo de Dios.” (Jn. 19, 7) Pilato no era religioso, pero sí, supersticioso. La perspectiva de encontrarse frente a un ser sobrenatural, quien se declaraba rey, de un reino que no pertenecía a este mundo y la extraordinaria resistencia demostrada en la flagelación, su serenidad frente a los insultos y a las agresiones, lo transformaban a sus ojos en un ser de orden superior. Quiso averiguar más, pero no tuvo ninguna respuesta, más que una enigmática referencia a la culpabilidad y al pecado. Pilato se sintió marginado. El juicio, en este caso, no tenía que ver con la ley ni la política del imperio, sino con este extraño mundo oriental, que mezclaba lo positivo de la vida con los supuestos metafísicos y sus creencias.

Esta fue la causa de su último esfuerzo por liberarlo. “Desde entonces Pilato trataba de liberarlo.” (Jn. 19, 12) Pero esto lo expuso a la amenaza de un chantaje. Se manipulaba la declaración de Jesús, quien había afirmado ser rey para contraponerlo al emperador. “Si sueltas ese, no eres amigo del César.” La Virgen captó toda la astucia y maldad de esta fingida amenaza, que negaba obstinadamente la verdad de la Palabra de Jesús. Él había dicho: “Las obras que hago en nombre de mi Padre son las que dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis.” (Jn. 10, 25-26) Recordaba el día en que le habían preguntado acerca del tributo al César, y Jesús les había contestado distinguiendo entre los deberes hacia Dios y aquellos hacia el estado: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.” La acusación era evidentemente falsa, pero la amenaza podría ser real; por eso, Pilato firmó la sentencia.

Completamente derrotado, Pilato se refugia en la ironía. Sentado en un trono desde el piso alto de la Antonia, apareció como el poder que él representaba y en nombre de este poder declaró: “Aquí tenéis a vuestro rey.” Y frente a los gritos: “Fuera... Fuera... Crucifícalo”, todavía rebatió: “¿A vuestro rey voy a crucificar?” Aquello que en su boca tenía la intención de ser una burla, para despreciar a ese pueblo soberbio e intrigante, en el corazón de María y también en la realidad resonaba como una exaltación del Mesías, una declaración oficial de la realidad de Jesucristo. Y la misma oración aparecerá como el título de su condena en la cabecera de la cruz, reconocimiento propuesto a la fe de los pueblos de todo el mundo y para todos los tiempos. Hasta en su condena, Jesús era el rey, el triunfador, el restaurador del honor de su Padre Dios.

La Virgen vio cómo los soldados de la patrulla romana se apoderaron del condenado, organizaron el cortejo y mandaron a traer las cruces y los dos criminales que iban a ser crucificados con Él. Juan dice simplemente: “Él, cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario.” (Jn. 19, 17) María lo vio cuando pasó muy cerca de ella y sus miradas se cruzaron. Ella apenas lo pudo entrever a través de un velo de lágrimas, pero el encuentro fue suficiente para declararle su absoluta adhesión en la más estricta unidad de amor y de dolor. El camino de la vía dolorosa era el camino de los dos, hasta llegar a la entrega total al Padre. Él iba a la muerte voluntariamente y había que acompañarlo con la misma voluntad de oblación. “El Padre me ama, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo, nadie me la quita, yo la doy voluntariamente.” (Jn. 10, 17-18) A lo largo de toda la vida, María siempre había querido lo que Él quería, sus voluntades habían estado siempre al unísono. Este era el momento más duro para conservar esta unidad. María había dicho al ángel Gabriel: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.” Y esta palabra incluía el sacrificio final. Por esto se encaminó detrás de Él por la misma vía dolorosa. La flagelación, la pérdida de sangre, el tormento de las espinas en la cabeza, dejaron a Jesús en estado de extrema debilidad. Es natural que se cayera bajo el peso de la cruz y cada caída repercutía en todo el cuerpo de María y dilaceraba su alma. Era imposible avanzar. Los soldados, como advierten los sinópticos, obligaron a un trabajador del campo a cargar la cruz. Liberado de este peso, Jesús logra apenas mantenerse en pie; pero esto no le impide seguir derramando la palabra del Padre. Se preocupa por la gran muchedumbre de hombres y mujeres que le seguían en buena fe, lamentando sus sufrimientos. “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos.”

(Lc. 23, 28) Jesús anuncia la ruina de ese pueblo, pero su llamada contiene un doble sentido, la destrucción física y la corrupción moral. Los castigos en Él encuentran leño verde, que vuelve a brotar y crecerá como un árbol, mientras los del pecado, en leño seco, sólo acabarán en la destrucción. María comprende que cada paso de Él en el sufrimiento es un paso hacia la liberación del pecado.

“Llegados al lugar llamado Calvario le crucificaron.” (Lc. 23, 33) Cuando le despojaron de sus vestidos, ella constató que todo su cuerpo estaba hecho una sola llaga cubierta de sangre. De la cabeza a los pies. Oyó los golpes de los martillos sobre los clavos y quedó clavada con Él sobre el leño; cada espasmo de su cuerpo repercutía en ella. Su vida se apagaba con la de Él. Sus palabras eran todavía de perdón. “Jesús decía: Padre perdónales, porque no saben lo que hacen.” (Lc. 23, 34) Estas palabras se grabaron como una laceración mortal en el alma de su madre. ¿Cómo perdonar a esa chusma salvaje que lo atormentaba? Ella se refugió en la voluntad de su hijo y señor. No sabían el valor de ese crimen los soldados que sólo lo veían con la cruda indiferencia de una tarea desagradable. No lo sabían los judíos quienes no creían en Él. A ellos les había dicho Jesús: “El que ama su vida, la pierde; el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna.” (Jn. 12, 25)

Ni podían creer en Él los sacerdotes y autoridades, porque de ellos había dicho Isaías: “He cegado sus ojos y ha endurecido su corazón; para que no vean con los ojos, ni comprendan con el corazón; ni se conviertan; ni yo los sane.” (Jn. 12, 40) Ella pensaba: Todavía no ha consumado el sacrificio y ya está derramando la gracia de su perdón. Este era el tema de todos los insultos que se dirigían en contra de Él. Aparentemente le despreciaban en su condición de Siervo doliente de Yahvé; mientras en realidad ansiaban verlo triunfar en la cruz y que manifestara su gloria: “Si tú eres rey de los judíos, sálvate.” (Lc. 23, 37) Las imprecaciones escondían un deseo. En la mente de María sólo eran la proclamación de su verdad y poder, en el momento de la mayor destrucción: “Que baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos.” (Mc. 15, 32) Esta terrible ambigüedad destrozaba su corazón de madre. Con las mismas palabras con que le lastimaban, también le oraban. Esta ambigüedad era la señal de la oscuridad que dominaba en sus mentes. Era ya cerca de la hora sexta, cuando al eclipsarse el sol, la oscuridad cayó sobre toda la tierra, hasta la hora nona. “Jesús les había dicho en el templo: Caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas.” (Jn. 12, 35) Pero ya no era la hora propicia para explicaciones, permanecerían en su error porque no podían creer: “Creed en la luz, para que seáis hijos de la luz.” (Jn. 12, 36)

Las mujeres de familias distinguidas en Jerusalén tenían la costumbre de preparar una bebida mezclada con drogas para hacer más soportables los tormentos de los condenados. Jesús quiso cumplir con un acto de aceptación también para estas personas piadosas, cuando exclamó: “Tengo sed.” (Jn. 19, 28) Sin embargo, su grito iba mucho más allá de la sed física. Por cierto, todos sus músculos desangrados gritaban por la sed, un fuego interno que los devoraba. Pero cuando el dolor humano alcanza el paroxismo, su elevación alcanza naturaleza metafísica. Su sed no era de bebida sino de almas. Una sed devoraba sus entrañas desde su nacimiento y la Virgen Madre en distintas ocasiones había visto aflorar este ser trascendente de su hijo proyectado a la voluntad del Padre y a la conversión del ser humano. Era, pues, un acto simbólico como nota el evangelista que dijo: “Todo está cumplido.” Y simbólicos eran también todos los sufrimientos que Él había soportado: desde la traición, a los insultos y bofetadas, a los golpes de la flagelación y el esfuerzo de la vía dolorosa. Cada gesto, cada herida era un símbolo de lo que sufrirían sus seguidores en un mundo que rechazaba su fe.

A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: “*¡Eloí, Eloí! ¿lamá sabactaní?*” (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?) Y según Lucas, dijo: “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu.” (Lc. 23, 46) Su comunicación con el padre no se había interrumpido. Algún tiempo antes había dicho del Padre: “Yo le conozco porque vengo de Él y Él es el que me ha enviado.” (Jn. 7, 29) Su inmolación era un regreso, pero su encuentro pasaría por la muerte. “Y lanzando un fuerte grito, expiró.” (Mc. 15, 37) Su madre había estado junto a Él todas estas largas horas, pendiente de sus gestos, de sus palabras y de sus dolores. Su cuerpo se había endurecido como una roca, sólo era un amasijo de dolores que acompañaban los espasmos del hijo. En este momento dejaron de existir su cuerpo y su alma. Sólo el espíritu voló hacia el Padre acompañando al hijo suyo y de Dios.

María de repente recordó lo que Juan le había descrito de la transfiguración: su hijo en la gloria resplandeciente y a los dos lados los profetas del Antiguo Testamento, Moisés y Elías. Ahora estaba allí el cordero inmolado en su propia sangre y a sus dos lados dos representantes de la humanidad pecadora, crucificados con Él. Pero uno de ellos había tenido piedad y arrepentimiento. Jesús le había dicho: “Hoy estarás conmigo en el paraíso.” Esta muerte había cambiado el mundo. La palabra paraíso sólo se había escuchado por el paraíso terrenal y pronto había desaparecido del horizonte humano. Hoy, por primera

vez, volvía a tener realidad en los labios de Jesús, como lugar de felicidad para el hombre.

“Al ver, el centurión que estaba frente a Él, que había expirado de esa manera, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.” (Mc. 15, 39) Esta vez no se trataba de una imprecación, sino de una exclamación llena de admiración. Un pagano sería el primero en proclamar su divinidad. La obra redentora había tenido su comienzo. Jesús había asegurado: “Cuando sea levantado de la tierra atraeré a todos hacia mí.” (Jn. 12, 32) Era exactamente lo que había predicho: “Cuando hayáis levantado el Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy.” (Jn. 8, 28) Sabréis que Yo soy Dios. Era necesaria esta oblación total de la muerte para colocar a los hombres de frente a su propia existencia en el mundo y a la vida. A través de esta muerte, la presencia de la divinidad invade el mundo. Aquellos que la perciben sin fe sentirán terror. “Y todas las gentes que habían acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvieron golpeándose el pecho.” (Lc. 23, 48) No era fe, pero era el terror a lo que habría podido ser fe en la encarnación del Hijo de Dios.

Los judíos en el Éxodo, habían dicho a Moisés: Háblanos tú, no nos hable Dios, a no ser que muramos. Que Dios nos proteja pero que no se nos acerque demasiado. La excesiva cercanía de Dios era a la vez un peligro mortal. La hora del encuentro con el Padre había sido la hora de la muerte. Por esto había dicho Jesús: “A dónde Yo voy, vosotros no podéis ir.” (Jn. 8, 21) ¿Quién podría arriesgarse? Sólo el que estuviera dispuesto a salir de este mundo. Jesús había añadido: “Vosotros sois de abajo, Yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo.” (Jn. 8, 23) Ahora brillaba el sentido de su palabra, quien quisiera seguirle debería renunciar al mundo. La tierra había temblado y el sol se había oscurecido en el instante en que el dueño de la vida entraba a tomar posesión de su reino.

Antes de morir Jesús, había todavía realizado uno de los grandes gestos de su vida. Un gesto maravilloso y doloroso, como todos los de esta trágica aventura de la crucifixión. Había entregado su madre a Juan, el discípulo predilecto, como símbolo de toda la humanidad creyente. “Mujer, ahí tienes a tu hijo.” (Jn. 19, 27) No lo nombró. Podía ser cualquier ser humano pendiente de su cruz pero la palabra hijo era definitiva. Exigía una maternidad: Será Juan, otros discípulos, o toda la nueva iglesia de hombres y mujeres. Una sola palabra que la colocaba en la cumbre de la nueva estructura que Él había fundado: Madre es a la vez la que engendra y la que educa y la que suavemente gobierna. Por otra parte le

dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre.” (Jn. 19, 27) Exigía una reciprocidad; era una entrega personal que suponía relaciones profundas y esenciales para la salvación. Frente a la agonía, esto significaba una herencia: Era para siempre.

La Virgen María, bajo la cruz, ya no tenía cuerpo; sólo llagas en su carne y la tensión innatural de todos sus músculos y tendones, la cabeza rodeada por las espinas. Esto le había dejado su hijo al abandonar este mundo. Tampoco tenía alma. Su alma se había refugiado en la abertura del costado. Ni tenía espíritu; éste se había ido hacia el encuentro eterno con el Padre. La doble vida de María, de la privilegiada y de la madre destrozada, se había reconstituido otra vez en la unidad del dolor que encerraba un triunfo. Su hijo estaba liberado, su unión con el Padre restituía la unidad eterna del creador y salvador. Todavía esperó a que los hombres piadosos bajaran a su cuerpo de la cruz y lo envolvieran. Apenas pudo acercarse para verlo y tocarlo. Este cadáver ya no era su Hijo, sino los restos mortales del que había subido hasta el Padre, la huella del sacrificio. Nunca sería igual que antes. Hacía pocos días que Él había afirmado: “En verdad, en verdad, os digo: antes que naciese Abraham, Yo soy.” (Jn. 8, 57) Ahora, su realidad se ha puesto manifiesta. Ya está con el Padre y su reino se extiende a toda la humanidad.

La humanidad y la divinidad estaban en la división de agua y sangre que brotó de su costado cuando la lanza del soldado lo atravesó. Ella no sintió ya el golpe. Su físico estaba más allá de todo dolor pero comprendió el signo. Regresó con la mente a la noche anterior, cuando en la cena Él distribuyó el pan diciendo: “Esto es mi cuerpo” y la copa con las palabras “este es el cáliz de mi sangre”. Humanidad y divinidad estaban en él para darse. El símbolo se había cambiado en realidad. Su sangre seguiría fluyendo para mezclarse con el agua de los hombres y renovarlos. Entendió que todo estaba consumado. No para terminar, sino para un nuevo comienzo que se hacía efectivo desde su corazón abierto. Sintió que había cumplido su tarea de madre que el Espíritu Santo le encargó hacía treinta y tres años. Como Abraham había llevado a su hijo único hasta la cumbre del monte y lo había colocado sobre el altar. Desde hacía tres años lo había perdido, totalmente entregado a la misión. Sólo le había quedado este extremo día de unidad con él, un día de sangre y de dolor que terminó en la muerte. Pero, a ella, la divinidad le impedía morir. Dios no muere, más allá de la muerte hay una vida nueva y para ella estaba reservada esta otra vida, para prolongar en el mundo la misión de Él.

Vio a Juan quien dulcemente la movía hacia el sepulcro adonde los hombres llevaban la salma. Se dejó llevar. No era ya para Él sino para ellos, Juan y demás discípulos, la Magdalena y demás mujeres. Estuvieron frente a la tumba hasta que rodaron la piedra y colocaron los sellos. Luego Juan la llevó a su casa. Las mujeres amigas le prepararon el hospedaje. Con ella empezó la larga vigilia. ¿No había dicho Él que cuando se le quitara el esposo, serían los amigos del esposo los que ayunarían? Había llegado la hora de ayunar. Juan se juntó con Pedro. No para hablar, sino para rezar a Dios con los salmos más desesperados de David, mientras los demás se dispersaron por la ciudad. Nadie podía pensar en un regreso. Todos lo habían visto morir. Él se había ido; sus restos estaban detrás de una gran puerta de piedra, identificados con la tierra y la oscuridad. La luz se había apagado, sólo quedaba el silencio y un gran espacio vacío en el alma.

Alrededor de María estaban las mujeres más adictas que le habían seguido desde Galilea. En el silencio de la noche podían dar rienda suelta a su inmenso dolor. Todas sus emociones encontraron su expresión en tristes y largos lamentos. Cada cual cantaba maravillosas historias de un amor que se había perdido. Cada una llevaba su secreto bien guardado en su corazón. La pequeña sociedad de amantes se había disuelto. Él había dicho: “Golpearán al pastor y sus ovejas serán dispersadas.” El pastor estaba muerto y sus ovejas perdidas en el desierto. Nunca volvería a amanecer, después de que las tinieblas cubrieron toda la tierra y el temblor partió las rocas y el viento del terror llenó las malas conciencias.

Sólo María, su madre, no lloraba. Su dolor era demasiado grande para llorar. Tampoco hablaba; su alma estaba raptada hacia el encuentro de su Hijo con el Padre. Dentro de este dolor había una fe. Ella sabía que su hijo resucitaría. Él mismo lo había anunciado. En Mateo, los tres anuncios de su pasión incluyen la proclamación de la resurrección. (Mt. 16, 21, 17, 22, 20, 19) A Marta, le aseguró Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida.” (Jn. 11, 25) Si los demás discípulos habían sido ofuscados por la crucifixión, María conservaba en plena luz su inteligencia, ella sabía que la realidad de su muerte siempre iba acompañada por la realidad de la resurrección, anunciada para el tercer día. Era necesario reflexionar sobre el plan de Dios para entender el significado de cada acto de su Hijo divino y cómo toda esta historia confluía en la resurrección. En la cabecera de la cruz, en el calvario, permanecía el cartel que decía: “Jesús Nazareno, el Rey de los Judíos.” (Jn. 19, 19) Sin explicaciones. El Padre

había querido honrar a su Hijo por la autoridad de un poder pagano, para que todos los gentiles del mundo supieran que su Salvador había sido glorificado; el reino de los cielos había sido establecido.

La imagen de su hijo sangrante no se borraba de su mente y de sus ojos, las llagas seguían repercutiéndose en su cuerpo físico y en sus sentimientos maternos, el dolor era extenuante. Todo era tiniebla alrededor, pero desde el mismo calvario ensangrentado se desprendía una luz nueva que se elevaba hacia el cielo y se extendía hasta cubrir la humanidad entera. Era la luz que se anunciaba, del resucitado y de su acción salvadora. Había dicho: “Si el grano de trigo no muere, no da fruto.” Ya estaba la semilla en la tierra; sólo quedaba esperar para que floreciera y se multiplicara. Cristo estaba sembrado en la oscuridad de la tumba y en el silencio de la noche iba a germinar. María sintió que una nueva realidad había crecido dentro de ella misma, era su relación con el Resucitado. Toda su vida había sido una larga evolución en el espíritu, pero la nueva realidad de Jesús unido al Padre la colocaba a ella en una misión completamente nueva que su hijo le había dejado. La primera había sido traer este hijo al mundo, la segunda aprender de sus labios la palabra del Padre; de aquí en adelante, la expansión del reino.

María ingresó al largo ayuno de dos noches y un día. La conversación con el Padre la conducía hacia atrás en su existencia y más atrás hacia la historia de Israel y los anuncios de los profetas. La mano de Dios Padre había conducido este pueblo a través de los siglos; lo había protegido y separado de las demás naciones con la conciencia de su presencia. Como una madre alimenta en su vientre un hijo hasta que crezca, Dios lo había alimentado y hecho crecer pero, cuando el hijo sale al mundo, ya no conoce barreras; su ser se expande. Así había sucedido con su hijo; ya no sería la cabeza de un pequeño pueblo sino de toda la humanidad creyente. El Plan de Dios había asumido y transformado toda su vida: desde su ascendencia davídica, a su parentesco sacerdotal, a su matrimonio con José, al anuncio del Ángel, al nacimiento de Jesús. Desde la perspectiva de la muerte de Jesús todas las cosas cobraban un sentido nuevo y perfecto. En un mundo en que la idea del Dios único y celeste se había oscurecido en los pueblos de la humanidad se explicaba la llamada de Abraham, para formar un pueblo nuevo protegido y acompañado por el Padre celestial. Se explicaba la llamada de Jacob a Egipto para hacer crecer este pueblo, la llamada de Moisés para purificar la fe de este pueblo y las llamadas personales a todos los profetas

para corregir las desviaciones e idolatrías, su constante desfallecimiento y apego a la tierra, hasta que el ángel transmitió a ella la voluntad del Padre para que su Hijo se encarnara entre los hombres.

Las horas transcurrían en esta larga penitencia del ayuno de María: Pasó la noche del viernes, todo el sábado y la noche hacia el domingo. María no durmió, ni comió, ni bebió, ni habló, en este largo ayuno de penitencia y de amor ardiente, ni tomó contacto con este mundo terrenal. Su alma estaba invadida de la inmensa presencia del Padre y su cuerpo atormentado por las profundas llagas de su Hijo. Revisando su propia vida, encontró tres grandes funciones que con la presencia del Espíritu Santo ella había desempeñado a lo largo de su vida. Tres largos períodos que le habían impuesto una penosa y larga transformación aunque consolada por la conciencia de la presencia divina. La primera época fue la maternidad. Había esperado con la iluminación de los salmos y de las profecías, la aparición del Mesías y después de la visión de Gabriel, la entrega total al servicio de su hijo. La maternidad de María había transmitido a su hijo todo el caudal de sus valores sobrenaturales, el conocimiento profundo de las escrituras y la capacidad para orar y vivir con la presencia del Altísimo.

El crecimiento de Jesús en la edad adulta lo despegó de su madre. Pero, María en esta segunda época, se había transformado. Ella con toda su familia se dedicaron a seguir y escuchar al Maestro divino y a recoger sus palabras y sus signos reveladores de la divinidad. De madre se había transformado en discípula. Fue la discípula privilegiada por su memoria y su inteligencia. Tuvo que mediar entre los familiares que carecían de fe y Jesús entregado a su obra evangelizadora. Así la conocieron las demás mujeres que la acompañaron y se adhirieron a ella como segunda guía en el ministerio. Este grupo fue el único que nunca le falló a Jesús pero, las demás, no podían haber comprendido los signos que Él les dio y estaban atormentadas por la amargura de su ausencia. Llegado el momento cumbre de la crucifixión, ella encontró que una nueva transformación se había realizado en ella. De discípula del Mesías a contempladora de la Divinidad. Cristo muerto significaba desarraigo del mundo y entrada al reino. Ya no habría diferencia entre su Hijo, Cordero inmaculado, y el Padre glorificado por el amor del Hijo.

La vida no se había separado de ella. Vivía en la divinidad del Hijo y del Padre. Esta nueva transformación la colocaba entre los hombres, en la humanidad entera como portadora de la luz del Rey del Universo. Dejó de observar

el pasado, para proyectarse desde el presente hacia el futuro y sintió que la presencia de la divinidad se había fortalecido en ella y que su gloria inundaba hasta físicamente todo su ser. Era ahora la mensajera del resucitado. Jesús había dicho hacía pocos días: “Me voy y volveré a vosotros.” (Jn. 14, 28) Sólo era necesario esperar con paciencia. Ya habían transcurrido las largas y tensas horas del duro ayuno. La noche del día domingo iba muy avanzada y los gallos de triste memoria, anunciaban próxima el alba del primer día de la semana. Su evolución había sido completa; estaba dispuesta para una nueva realización en el amor y en el servicio a la divinidad. Fue entonces cuando la luz apareció y en esta luz estaba Jesús. Su aspecto era glorioso. Lo vio y lo besó. Lo abrazó como una madre abraza un hijo que ha sido coronado rey. Sus dedos vibraban, sus brazos eran fuertes y duros como ramas de un olivo centenario. No había rastros de heridas en su cara, ni recuerdo de espinas. Las huellas de los clavos lucían con reflejos de oro viejo. Su mirada irradiaba un resplandor de lo eterno; era su hijo, el hijo del Espíritu y la felicidad se transmitió del hijo a la madre. Igual que Gabriel, le saluda: “Salve, llena de gracia. Aquí estoy madre, de regreso y ya nunca más me iré de tu lado.” Ella fue la primera en creer y la primera en ver. Jesús le habló. Sus palabras se parecían a las del ángel Gabriel: “Tú has sido la madre de mi iglesia desde el primer día. Cuida a Pedro, Juan, Andrés, Santiago y los demás apóstoles. Cuida a María Magdalena y Salome y las otras mujeres fieles. Todos recibirán también el Espíritu Santo.” Pero estas eran palabras del padre que le llegaban por la boca del Hijo. Palabras que nadie más habría podido escuchar y permanecer vivo en la tierra. Pero en ella creció una nueva fe. Su maternidad había sido coronada. Su nuevo destino había comenzado, el de la adoradora del Dios resucitado.

María miró alrededor de sí. Las mujeres que le acompañaban se habían ido a buscar el sepulcro. Juan había salido para hablar con Pedro quien seguía llorando cada vez que escuchaba el canto de un gallo. Ella estaba otra vez sola. No podría comunicar a nadie su plena felicidad pero, con ella estaba el Hijo, el Señor resucitado, su gloria llenaba toda la tierra y todos los tiempos. Pronto los discípulos lo verán. El esposo había sido restituido a los amigos del esposo y su alegría será completa. María estaba ya lista para su nueva tarea: “Con tal que Tú estés siempre en mí y yo en ti.” Toda la tarea de la conversión exigía la presencia y el flujo constante del Espíritu. Ya no sería un don privado que ella fielmente debía conservar secreto en su alma, sería un resplandor fulgurante que llenaría la tierra.